



PALABRAS CLAVE: FESTIVALES – POESÍA – SONIDO – VOZ
KEYWORDS: FESTIVALS – POETRY – SOUND – VOICE

Perrear con un vals: notas poco objetivas sobre el 15° Festival de Poesía, de acá

Flavia Garione¹

Ayer, mientras lxs poetas de Santa Fe regresaban al Litoral, lxs poetas de La Plata regresaban a la ciudad de las diagonales y lxs poetas que viven en Buenos Aires apretaban F5 para conseguir un boleto de tren y volver a la estación de Constitución, me preguntaba por la poesía y el fenómeno de los festivales en este momento del mundo. Es cierto que la poca distancia objetiva me limita a la hora de describir el Festival de Poesía, de acá. Más bien, soy una observadora sentimental o

¹ Flavia Garione es Profesora en Letras por la Universidad Nacional de Mar del Plata. Dicta las materias Taller de Oralidad y Escritura I y el Seminario de Poesía Latinoamericana “Contra la lagrimita” en la UNMDP. Publicó el artículo “Modos de la sensibilidad en la urbanidad posindustrial” en la revista *El jardín de los poetas* y los libros de poesía *Se oyen gritos de chicas por las noches* (Caleta Olivia, 2019) y *Lumpenproletariado* (Triana, 2019). Actualmente posee una beca doctoral del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) para realizar su tesis sobre “Figuras de la voz y modalidades musicales en la poesía argentina contemporánea”. Mail de contacto: flaviagarione@hotmail.com

una entusiasta poco crítica. Formo parte de la organización desde el 2011, año en el que Matías Moscardi nos convocó a Florencia Guarco y a mí, tiernas alumnas de la carrera de Letras de la UNMdP, a participar. ¿Qué tareas realizábamos? En principio comenzamos a tener voz y voto para invitar a poetas que nos gustaban. Una suerte de asamblea de pizzas, traducciones de poesía norteamericana, pegatina de afiches y lecturas de poesía de los noventa, mientras también tratábamos de corregir y pensar nuestros incipientes textos entre todos. Si tengo que hablar de “formación” la debería ubicar por esos días, una suerte de militancia poética porque ninguno “militaba” en ninguna organización más que la de la poesía, más que la del festival, que debía organizarse muchos meses antes.

Participar era caminar por la ciudad en busca de lugares, artistas, cervezas, impresiones y todo lo que fuera necesario para la realización del evento. Para ese entonces, ya había entrenamiento previo: Luciana Caamaño y el propio Matías, que había comenzado en 2007 junto a Gastón Franchini, habían adquirido una especie de sistema de la autogestión. Rocío Fernández llegaría en el 2015. Más allá de las fluctuaciones organizacionales a lo largo de los años y las que seguirán ocurriendo por fuerza de las contingencias, es notable pensar que ese epicentro fundacional se encuentra en la carrera de Letras, o por lo menos, se trata de personas que pasaron por esas aulas, otros que se fueron y otros que nos quedamos, más o menos bajo el síndrome de Estocolmo o cierta persistencia nostálgica.

Menciono esto sin galas de realizar biografías personales; sino por el simple hecho numérico de haber cumplido 15 años y forjar un pequeño panorama inicial que ya mismo estoy dispuesta a abandonar. Porque decir una serie de nombres propios es quedarse corto, en función de que el festival necesita y orbita alrededor de múltiples actores que participan de diversas maneras: desde lo espacial, lo sonoro, lo visual, lo material, hasta lo editorial, la investigación y la actividad docente que realizamos varios de nosotros. La etimología de la palabra festival proviene del latín *festivus* que combina la raíz *festus* (ceremonia religiosa) con el sufijo *-ivus* (relación pasiva o activa) más el sufijo *-al* (relativo a). Su origen es litúrgico, hagiográfico y estival, porque se relacionó siempre con las estaciones y el tiempo de las cosechas. Por eso condesa un poco una idea de cambalache, mezcla de haceres y festejos variopintos. Se mezclan los brindis con las palabras y los cuerpos danzan al ritmo de la música. Podría decirse que, en los festivales que me interesan, no hay una idea demarcada entre poeta y público, sino que es el espacio en el que la poesía confluye en los otros, sin mediaciones o estrafalarios aparatajes de “escritores titulares” sentados en mesitas a los que se les debe una distancia respetuosa. Muchas de estas características prevalecen al día de hoy y son honradas también en algunos festivales de poesía de la Argentina.

Hace una semana, asistí como público al Festival Rural de Poesía de Lobos y a estos ingredientes religiosos y profanos se sumaban un recital de campanas de Federico Orío en la iglesia de Carboni y un show de la banda Sr. Woman (que también es una película de Wo Portillo del Rayo). Dentro de la iglesia había poetas bebiendo cerveza, algunos bailaban las campanas como si se tratara de música electrónica y otros se limitaban a mirar a través de sus celulares, en la compulsión por el registro que predomina en estos días. Martín Gambarotta, invitado al evento

y vestido de negro, se limitó a sentarse en silencio en la puerta. La escena era extraña pero sumamente alegre, como si la capilla del pueblo cobrara vida casi por primera vez, fuera de la solemnidad, pero con el mayor de los respetos. Algunxs, en esos mismos momentos, se desbandaron para poder recorrer el pueblito y converger en el espacio de las lecturas. Había una sensación de estar en la gauchesca, o por lo menos, la de experimentar con algunxs de sus elementos, desrealizados a través del tiempo y cubiertos del exotismo que le otorga la cultura urbana de Buenos Aires. Sin embargo, no había pose, lo que se vivió era disfrute y la idea de estar viviendo dentro de la literatura. Misma intención que, en un pasado no muy lejano, tuvieron César Aira y Arturo Carrera, en las Jornadas Poesía y Memoria de Coronel Pringles.

¿Se puede vivir dentro de la poesía? ¿Y si vivimos la mayor parte del tiempo dentro de la poesía, esto es un modo revolucionario de vivir? Digo esto, con un poco de exageración seguramente, una hipérbole entusiasta con poca distancia objetiva, porque regreso temporalmente al Festival de Poesía, de acá realizado en Mar del Plata. En la primera jornada, María Lucsole, una poeta de Lobos, justamente, nos encandiló con unas sextinas hernandianas. Leyó textos de una plaqueta cuyo nombre es *Atiza el sol sobre la parrilla de la siesta al lado del agua verde de otro invierno* (Ascasubi, 2020). En los poemas de María, en la voz de María, había un retorno a la pampa bonaerense y por supuesto a la gauchesca, aunque claro, ya no es posible volver del mismo modo ¿no? Y, sin embargo, ahí estaba el tono gauchipolítico, latente, informe y en la voz de ¡Una gaucha de Lobos! Sin lugar a dudas fue uno de los mejores momentos de la velada.

Sebastián Bianchi y Gabriela Bejerman leyeron e interpretaron una obra de teatro en clave neobarroca con dos desopilantes personajes. El primero (Bianchi) permanecía incólume, mientras que la otra (Bejerman) destellaba gestos en clave histriónica declamatoria. Dicho sea de paso, todo el evento transcurrió en una casa pintoresquista de principios de siglo XX llamada Villa Anita (barrio de La Perla), hecho que tiñó definitivamente todas las puestas en voz y performances que acontecieron en su living, patio y galerías vidriadas, en la que también había una gran feria de editoriales independientes. Dos eventos paralelos funcionaron durante el festival. Se trató de un altar colectivo, en el que cada unx depositaba un objeto, una velita, una foto y un deseo. El altar se pobló de los elementos más extravagantes –tetas de cerámica, muñecxs, una foto del reciente fallecido traperero “El Noba”, un casete de Marilina Ross– y los deseos más ocurrentes y actuales: “Argentina campeón 2022” y “Cristina 2023”. En otro cuarto funcionó un continuo sonoro que incluía las voces de Néstor Perlongher, Sandro, la poeta Dalmacia Ruiz, Manuel Puig y Celeste Carballo. Cuando las personas querían tomarse un descanso de las charlas animadas de la sala, podían meterse en cuarto a escribir lo que les gustara. Dice la poeta Dalmacia: “si no te gusta tapate los oídos o vete...” y entre las notas, sus palabras cobraron bastante popularidad con mensajes como “¡Aguante Dalmacia!” o expresiones tales como “¡Ayuda!”.

En esta primera jornada despuntaron las lecturas de Franco Cajal conformada por elementos simples, cromáticos y breves como haikus obvios “el

mar es azul” que después remataba con una suerte de autoarenga impulsada por gestualidades dirigidas al público como “¡Vamos!” y “Eeeeh rancho”. Se trató de una ronda memorable en la que también estuvieron Eduarda Rocha (Brasil) y Delfina Cabrera que leyó un largo poema sobre *Kill Bill* y el taekwondo. Mientras ocurrían estas lecturas se hacía de noche y el público se incrementaba. A nivel de que varias veces hubo que gritar “¡Más compacto!” para que los cuerpxs se pegaran unxs con otrxs y hubiera lugar para todxs. Pauline Fondevila y Federico Colombo (Perro fantasma) comenzaron a cerrar esa primera velada al ritmo de la canción “La promesa del mar”: “No nos importa las fronteras / somos amigos de los fantasmas”. Para cederles el lugar a Mariana Pellejero y Luciana Caamaño que combinan poesía y arte sonoro, por ponerle un nombre a la amalgama de *loops*, sonidos distorsionados de bajo mezclados con los poemas de Caamaño, aves y papelitos cortados.

El segundo y último día arrancó con mal pronóstico para luego quedar húmedo pero aceptable. Todas las lecturas se realizaron en el interior del hogar con muchísimxs presentes. Algunas marcas de esas primeras rondas fue la poesía como diario del migrante contemporáneo que trabaja en los campos de marihuana por dólares, en los poemas de trabajadora golondrina de Mercedes Ciuró; la oblea del puntaje docente y la “cara de desempleo” en Lara Flores. Algunas marquitas y pronombres resonantes que cortaban versos con “que”, “de que”, “en qué”, “de qué qué” o expresiones como “me acuerdo del primer recuerdo”. Un poder que tiene la poesía para invocar o inventar recuerdos extraídos como valiosos filamentos neuronales. Dani Zelko y un verso que voy a citar mal “Herzog es un alemán que proyecta su violencia en la naturaleza”. Por otro lado, Ale Saguí comenzó a balbucear en el micrófono sonidos extraños e infantiles mientras usó su propio libro como un material de cual no se puede leer, porque Saguí no lee sus poemas, sino que los dice y en ese “decir” revolea el libro, como instrumento vano o que cobra poco sentido para el lenguaje. Tanto Saguí como Bejerman hacen un manejo magistral del micrófono al estilo de Sandro o Frank Sinatra. Gabriela Bejerman tuvo un gesto similar con un atril en el que había colocado sus poemas, lo usaba como bastón o trinchete para declamar textos de inspiración rubendariana electrificada, mientras invocaba y señalaba con vehemencia al público, agitaba: “perfume del placer o del dolor pero lanza / ¡querubines!”.

Por último, quisiera dejar documentada una última escena a través de la escritura. Hubo un momento, como el de la iglesia de Carboni, en el que intempestivamente el público comenzó a bailar el vals –en clara referencia a los 15 años del festival–. Primero comenzó la danza en parejas para luego ceder a verdaderas rondas eclécticas que improvisaban pasos, perreos y la famosa canastita humana en la que algunxs son la pérgola y otrxs los bailarines que pasan por debajo ¡Una verdadera danza de poesía y de salón resignificada! Podría contar muchísimas cosas más, antes que la memoria haga lo suyo, borre y suplante recuerdos, pero me quedo con dos lúcidas apreciaciones que no son más. La primera es de la poeta Julia Enríquez cuya impresión fue la de participar de un “núcleo vivo”; la segunda de Daiana Henderson que señaló: “¡Qué buena vida nos inventamos!”. Y esperamos que el festival cumpla muchos años más.